

## *“Paixón no Camiño” (Pasión de camino)*

Se amaban desde hacía años... Pero el amor, a veces es caprichoso y el destino parecía equivocarse....

Compartían muchas cosas, y una pasión descubierta tiempo atrás. Cuando sus vidas se pararon y en el camino hacia Santiago descubrieron una forma de huir, una burbuja de oxígeno, un lugar donde ser ellos mismos sin necesidad de fingir una vida que no tenían, que no querían...

No hablaban, no se escribían, no se veían, pero se sentían. Cada día, cada noche, cada instante...

El la observaba en la distancia. Le bastaba saber que avanzaba a pesar del dolor de no tenerla. Ella le seguía en las redes buscando la más mínima señal de aliento.

Nunca se la dio. Hasta ese día...

Una foto en su perfil que le resultó familiar. Y su corazón dio un vuelco. Tierra preñada de vides cuyas ubres reventaban de sabor a la espera de ser ordeñadas ese mismo otoño.

Esperó ansiosa el día siguiente y al despertar entró de nuevo en su muro, el mismo que levantaron un día de primavera para decirse adiós. Y allí estaba. Girasoles.

Su cabeza se volvió loca.... Vides, girasoles. Señales. Esas que tan solo ellos entendían....

Ella conocía ese camino como la palma de su mano. Lo había pateado muchas veces. Amaba el camino francés y toda esa energía que en él se siente. La que han dejado allí miles de peregrinos durante cientos de años buscando un fin de etapa, una nueva experiencia, una promesa, un deseo y un objetivo final. Llegar a Santiago de Compostela y abrazar al Apóstol.

El caminaba siempre solo. Hacía etapas largas y agotadoras, castigando su cuerpo y su mente en una especie de duelo personal. Siempre caminos solitarios e intentando no crear nexos que duelan cuando hayas de decir adiós. Bajo sus botas no había tierra del francés. No le llamó hasta que la conoció a ella.

Pasaron horas, días y noches enteras hablando de esa pasión y contándose excitados como adolescentes sus experiencias, sus vivencias, sus etapas, sus

porqués. Todo lo que el camino les había enseñado, todo lo que en el habían sentido, lo que habían recibido y cuanto habían entregado.

Ella le hablaba emocionada de esa ruta milenaria que cruza el país desde Somport hasta Santiago. Le habló infinito de sus lugares preferidos. De ese punto de no retorno que marca 858 km hasta la Casa del Apóstol. De los Pirineos y el río Aragón que riega su tierra. De Jaca y su Colegiata. De Arrés y su hospitalidad sin medida. Lugar donde por primera vez se sintió peregrina. Donde conoció el sentido de la palabra "hospitalidad" y al que siempre volverá. De Ruesta y la historia de sus ruinas anegadas por un pantano. De la Foz de Lumbier, paso surcado entre rocas que la estremecieron como nunca antes. De ese centro de energía tan bestial que es Santa María de Eunate, a los pies de cuya Virgen tiempo después depositó una rosa azul eterna que el le regaló. De Puente la Reina, lugar donde se juntan ambos caminos franceses, y cientos de peregrinos venidos de Somport y Roncesvalles se dan la mano y caminan unidos hasta Santiago. De la tierra violeta de Navarra y la Rioja. De Grañón y Tosantos, dos lugares que fueron un antes y un después en su caminar. De su entrada a Burgos como si del medievo se tratara. Cojeando, con sus rodillas destrozadas pero sin poder parar de llorar. No de dolor, sino de emoción. De su cara cuando a lo lejos apareció la cuesta de Mosterales y supo que el camino ascendía hasta allí. De lo importante que se sintió allá arriba y lo pequeña que se vio ante la inmensidad de Tierra de Campos. De ese lugar mágico envuelto en ruinas: el Convento de San Antón. De Carrión y sus monjitas. De la imponente Catedral de León. De cómo se sintió por un día, princesa con mochila cruzando el Puente del Paso Honroso, donde Suero de Quiñones se jugó la vida cada día por su amor. De cómo la Milagrosa le regaló a ella sola una tarde inolvidable en la Catedral de Astorga. Del cocido maragato que le hizo retorcerse en su litera durante toda la noche. De Foncebadón y de Cruz de Ferro, donde dejó sus piedras y cerró una puerta que le reconcilió para siempre con su pasado, con los suyos. De Manjarín y el último Templario. Del Bierzo, tierra desconocida hasta entonces para ella envuelta en cuento de hadas. De su uva, de su vino, el Mencía y esa noche de resaca.... De la subida a Cebreiro, mágica donde las haya y ese lugar tan deseado, el que marca la entrada a Galicia. De las pallozas, del lugar donde se encontró con quien nos regaló las señales, esas flechas amarillas que nos guían a cada paso, Don

Elías Valiña y el porqué de su color amarillo. De la tierra sagrada del Apóstol. De sus amaneceres con bruma, de sus cementerios místicos, de las “rubias” que te acompañan a cada paso. De su olor, de su olor a tierra mojada, a eucaliptos y a menta. Y por fin, le habló de ese lugar, donde sentada frente a un castaño, un castaño sin hojas, vio el reflejo de su sombra en la tierra, como si del árbol de la vida se tratara. Su vida. Y lloró. Lloró como un bebé. Todas esas lágrimas que siempre imaginó frente a la Catedral de Santiago y que sin embargo dejó allí en Monte de Gozo.

No hubo gaitas, le dijo. No las hubo. Pero tampoco las necesitó. Después de tanto esfuerzo, de tanto gozo, de tantas bienvenidas, de tantas despedidas, de tantos reencuentros, de tantas historias contadas y escuchadas, de tanto agradecimiento, de tanto entregar, tomó, frente al Apóstol la decisión de cambiar su vida. Y solo pidió una cosa: valor para poder hacerlo.

La Rioja, pensó. Está en la Rioja. Está en el camino.

Al tercer día, lo tuvo claro.... Círculos concéntricos.

Ella sabía perfectamente dónde estaba ese lugar. Y no pudo esperar más. Abrió su móvil. Buscó su número y escribió solo 2 palabras: Buen camino! No hizo falta decir más.

El no contestó. Pero sabía que en la distancia, ella entendió su mensaje: Te llevo conmigo. Caminamos juntos. ¿Te vienes?

Cada amanecer durante los siguientes 20 días, él publicaba una nueva foto. Somport, Jaca, Arrés, Ruesta, Foz de Lumbier, Eunate, Puente la Reina, Grañón, Tosantos, Ages, La Catedral de Burgos, esa línea infinita de Tierra de Campos, la puesta de sol en Mosterales, San Antón, Carrión de los Condes, León, Puente de Órbigo y su Paso Honroso, La capilla de la Milagrosa en la Catedral de Astorga, Foncebadón, Cruz de Ferro, Manjarín, El Bierzo y su Mencía, Cebreiro y sus pallozas, la tumba donde descansan los restos de Elías, los cruceiros, sus cementerios, sus eucaliptos, y por fin Monte de Gozo, donde ella regó con sus lágrimas la tierra de aquel castaño.

Durante esos 20 días, ella, cada noche, escribía en su muro una crónica. La que imaginaba él viviría en la siguiente etapa.

Relataba cada una de ellas, como si la estuvieran caminando juntos. Todos esos lugares que tan bien conocía y en la soledad de su cuarto le mostraba. El

la leía en silencio en su litera, en cada uno de esos lugares donde tantas otras veces ella descansó sus pasos, sabiendo que al amanecer caminarían juntos aún estando separados. En cada pisada, en cada cruce, en cada curva la sentía, acompañándole etapa tras etapa, aldea tras aldea, albergue tras albergue. Y así fue como avanzaron juntos sintiendo cada momento como suyos....

Tuvo gaitas. El sí tuvo gaitas y ella pudo escucharlas desde el salón de su casa. Soñando con el día en que por fin abrazaran juntos al Apóstol agradeciéndole lo que los dos, sin que el otro lo supiera, le habían susurrado al oído. Caminar cogidos de la mano lo que les quedara de vida....

Un frío día de invierno, sonó su móvil. Palomitas. Sabía a quien pertenecía ese sonido. Y su corazón dio un vuelco. El mismo que sintió al ver las vides en su muro un par de meses antes.

¿Estás en casa? Si, respondió ella. Asómate a la ventana..... Y a partir de entonces, jamás volvieron a caminar solos.

El camino es largo cuando tu destino, tu objetivo no te llena el alma, cuando no es pasión lo que sientes.... Sin embargo, diles a todos esos que te tratan como a un loco que *“el camino puede parecer muy corto cuando realmente amas a quien vas a visitar”*....

Buen camino!